



Manuel Marlasca **Tú bailas y yo disparo**



DESTINO

Tú bailas y yo disparo

Manuel
Marlasca

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1641

© Manuel Marlasca, 2024
por acuerdo con Carmona Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: abril de 2024
ISBN: 978-84-233-6496-1
Depósito legal: B. 3.932-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

No sabe si alguien le ha puesto nombre. Él lo llama síndrome de los domingos por la tarde. Cada semana se presenta puntualmente con sus síntomas, fiel a su cita: invade todos los rincones de la casa y convierte la soledad en algo material y tangible que lo recluye en un exilio interior y transforma el día en mortecino. Le incomoda y le gusta al mismo tiempo. No busca esa sensación, pero cada domingo acaba sumido en ella y a partir de media tarde se hace más palpable y cae a plomo sobre él. El síndrome tiene su propia puesta en escena: los periódicos y los suplementos dominicales arrugados, desvencijados y esparcidos en la mesa del salón con las señales de haber cumplido su cometido; un libro a medio leer, que ahora es *La estrategia del agua*, de Lorenzo Silva; y la cama de su habitación con las marcas de la solitaria siesta en uno de los lados.

Todos los domingos viaja con la memoria hasta los de su niñez. Las voces de *Carrusel deportivo* que salían de la radio del despacho de su padre finiquitaban el fin de semana. La angustia del inminente final de los dos días de disfrute se mezclaba con la ansiedad y la emoción ante la perspectiva de una semana por delante completamente en blanco. De su padre había heredado el madridismo, pero no su inquebrantable adhesión a *Carrusel deportivo*, que había perdido su razón de ser desde que los partidos

de la jornada de liga se repartían en distintos días y horas. En su casa, los domingos suena alguna lista de Spotify que incluya en su nombre la palabra *sunday*, y que siempre está compuesta de canciones que animan al sesteo, sea la hora que sea.

Está tumbado en el sofá leyendo un suplemento dominical cuando Norah Jones calla repentinamente. La estropajosa voz de Tom Waits cantando *Way Down In The Hole* sustituye al aterciopelado timbre de la diva del jazz. En la pantalla del móvil aparece el nombre de su hermana.

—Jimena, ¿qué pasa? ¿Cómo estás?

—Bien, Jaime. Todo muy bien. ¿Y tú? ¿Te ha tocado currar hoy?

—No, no. Y toco madera. —Jaime cruza los dedos índices y medio de la mano derecha y golpea con ellos la superficie de la mesa, un gesto que ha visto hacer miles de veces a su padre.

—He hablado hace un rato con mamá y me ha preguntado por ti. Llámala, que no te cuesta nada. Sabes que se preocupa si no tiene noticias tuyas.

Jaime da un largo suspiro antes de contestar.

—Mamá tiene mi número. Puede llamarme cuando le dé la gana.

—Ya..., pero ella dice que a veces no le contestas y que pasan varios días hasta que le devuelves la llamada. O que no se la devuelves. Ya sabes, siempre encuentra algún motivo para quejarse, algo con lo que sentirse la mujer más desdichada del mundo y con los hijos más ingratos de la creación; o sea, tú y yo.

Jaime nota como se irrita, lo incómodo que está en una conversación que se repite periódicamente en términos parecidos, pero se esfuerza para que su tono sea cariñoso.

—Si no le contesto es porque en ese momento no puedo, y muchos días acabo muy tarde. Mamá debería saber

mejor que nadie que en mi trabajo pasa eso. ¿Cómo está mi sobrino?

—Insoportable, hecho un capullo. Con trece años tiene un pavo que no hay quien lo aguante...; se me va a hacer muy larga la adolescencia. Y, para colmo, dice que quiere ser como su tío Jaime.

—Eso es porque nos vemos poco. A ver si junto unos días libres y me dejo caer por Asturias.

Jaime calcula rápidamente que lleva unos cuatro meses sin visitar a su hermana y a su sobrino, Pelayo. Viven en Gijón, a media hora de Lastres, el pueblo costero donde residen sus padres desde que se jubilaron. Jimena es psicóloga y trabaja en el Departamento de Recursos Humanos de la empresa Alsa. Allí conoció a su marido, un asturiano que la arrastró hasta Gijón antes de que naciera su hijo.

—Ojalá, Jaime, que Pela está loco por verte.

—¿Y su padre? ¿Cómo está Juanín? ¿Muy deprimido con el Sporting?

—Ya sabes. Su fútbol en el Molinón, sus partidos en la playa con los colegas, su chigre y, con eso y un poco de la buena vida que le doy yo, feliz.

—Ya me extraña que tú le des buena vida. Anda, salúdalo de mi parte y dale un beso a Pelayo. Cuando vaya le llevaré una camiseta del Madrid para que no se despiste, que igual su padre le convierte al antimadridismo.

—Llama a mamá, por favor.

—Lo haré, lo haré. Un beso, Jime. Cuídate.

No va a llamarla. Los domingos por la tarde no se toman decisiones ni se hacen llamadas, y si por él fuera tampoco las recibiría. Le ponen de mal humor, lo sacan a empujones de su exilio interior. Retoma el artículo que leía cuando ha sonado el teléfono. Javier Marías, al que alguna vez leyó que hay que pasar de puntillas por los domingos, habla de las elecciones generales que se celebrarán

en una semana y reparte leña para todos los candidatos. Pim, pam, pum. Sin hacer distingos entre diestra y siniestra.

Se estira en el sofá, se incorpora, gira bruscamente el cuello a un lado y a otro hasta que arranca un crujido y se levanta para prepararse un café. Udyco, un gato gordo y atigrado, ocupa inmediatamente el hueco que ha dejado su dueño y ronronea. Mientras echa el agua en la cafetera, suena el timbre de la puerta. No espera a nadie. Que no haya oído el portero automático le hace pensar que es un vecino de su edificio. Duda si abrir o no, pero finalmente lo hace. Tira de la puerta con la suficiente energía como para dejar claro que el timbrazo le ha puesto de mala uva.

—Jaime, hijo, perdóname, es que no sabía a quién llamar. En este edificio solo quedamos un montón de viejos.

Una anciana pequeña y frágil, ataviada con una bata de color morado y calzada con unas zapatillas de felpa, esboza un gesto de súplica. Jaime relaja el ceño de inmediato. La mujer aparenta la misma fortaleza que un jilguero. Entre el final de la bata y los calcetines se ven unas piernas pálidas y escuálidas que cuesta creer que sean capaces de sostener el resto del cuerpo.

—¿Qué ha pasado, Flora?

—Han vuelto los gamberros de siempre. Están en el portal armando bronca, fumando, bebiendo y poniéndolo todo perdido. Estaban orinando en la calle cuando mi nieta ha pasado por allí y les ha llamado la atención; ya sabes que no se calla nunca. Ellos le han dicho un montón de guarrerías y la pobre ha subido llorando. —Los ojos de la anciana se tornan acuosos tras los gruesos cristales de sus gafas.

—¿Le han hecho algo?

—No es la primera vez que le pasa. La chiquilla viene los domingos a dormir conmigo porque los lunes tra-

baja aquí al lado y entra muy temprano, ya sabes que es enfermera...

—Ya, ya, Flora. Pero no la han manoseado ni nada parecido, ¿verdad?

—Nooo, líbreme Dios —la mujer niega con la cabeza de forma enérgica y se santigua—, solo le han dicho cosas muy desagradables. Yo misma los he oído desde la ventana. Mira que yo siempre le digo que se calle cuando estén ellos en el portal, que pase de largo, pero es que tiene el carácter de su abuelo, que Dios lo tenga en su gloria.

—Ahora me ocupo, Flora. A ver qué se puede hacer. Dile a tu nieta que esté tranquila, que se olvide.

—Gracias, Jaime. —La mujer le agarra la cara con las dos manos bien abiertas, se pone de puntillas y le planta un sonoro beso en la mejilla derecha—. Cuánto vales, hijo.

Jaime se calza unas zapatillas mientras resopla y lanza maldiciones en voz alta ante la indiferencia de Udyco, que se hace un ovillo en el sofá. Baja rápidamente a pie los dos pisos que le separan de la calle y ve a través del cristal de la puerta a cuatro chavales sin edad para votar. Gritan y mueven sus brazos al son de una melodía de reguetón que sale de uno de sus móviles. Cuando abre la puerta del portal lo miran en actitud desafiante y burlona mientras se balancean torpemente, como un cuerpo de baile compuesto por tullidos. Jaime echa un vistazo en silencio a su alrededor y se rasca la barbilla. Ve en la pared marcas recientes de orines y en el suelo las colillas de unos cuantos canutos y media docena de latas de cerveza barata. Dos de los chicos llevan colgadas de sus cuellos aparatosas cadenas de eslabones dorados que lucen por fuera de sus chaquetas de chándal. Jaime mira alternativamente al suelo y a los cuatro aprendices de pandilleros mientras abre y cierra los puños. Habla en un tono calmado pero imperativo,

como el profesor que da las últimas instrucciones para un examen.

—Ahora mismo vais a recoger toda esta basura que habéis dejado y os vais a largar de aquí. Y no vais a volver a dar el coñazo en esta calle nunca más.

Dos de los chicos se ríen nerviosamente. La cerveza y la marihuana han hecho su efecto. Otro da un paso atrás, como si percibiese con claridad la amenaza del recién llegado. Un cuarto, el más grande de todos, con aspecto de abusar de la bollería procesada y de las hamburguesas, le responde con la boca pastosa, sin dejar de mirarle a los ojos:

—¿Quién lo dice? ¿Papito, el rey del barrio?

Jaime se acerca a él. Huele su aliento, que hiede a una mezcla de alcohol y humo, y se fija en sus dientes de color gris. Sus mofletes son excesivos y su gelatinosa papada le cuelga como el saco del pico de un pelícano. El pelo, negro y rizado, está sucio y grasiento.

—Un vecino que está hasta los cojones de vosotros y al que una chica le ha contado que le habéis dicho cosas muy feas.

El bravucón se ríe y cimbrea la cintura; una mueca estúpida queda congelada en su rostro. Saca la mitad de la lengua y la deja caer sobre el labio inferior.

—La perra se metió con mis colegas. Estaba rica...

No acaba la frase. Jaime agarra el brazo derecho del chico, se lo retuerce a la espalda y empuja al muchacho contra la pared. Con la palma de la mano que le queda libre, le aplasta la cara contra el muro. Le habla al oído, muy despacio, como si el joven tuviese dificultades para comprender el idioma.

—Recoged vuestras mierdas y largaos de aquí. —Jaime tira hacia arriba del brazo del chico, que emite un aullido de queja, y prolonga intencionadamente las pausas entre palabras para alargar su dolor—. Lo puedes hacer con los huesos intactos o con alguno roto. Tú decides.

Sin darle tiempo a responder, le barre las piernas de una patada y le hace caer de bruces al suelo. Los otros tres chicos miran la escena con gestos de sorpresa y miedo. Jaime registra los bolsillos de la chaqueta del muchacho que está en el suelo emitiendo gruñidos de dolor y extrae de uno de ellos una navaja mariposa.

—Cuando al gordito se le pase el susto limpiáis todo esto y os largáis. Y como os vuelva a ver por aquí, llamo a la Policía.

Jaime abre el portal y antes de entrar echa la vista atrás. Tres muchachos se afanan en recoger las latas mientras el grandullón se agarra la nariz, de la que mana sangre, e intenta a duras penas mantener ante su manada la dignidad perdida.

—Puto domingo —dice Jaime en voz alta mientras sube las escaleras de vuelta a su piso abriendo y cerrando la navaja del chico.

Pasa el resto de la tarde entregado a la pereza y en un estado cercano al duermevela. El único ser vivo con el que se comunica es Udyco, al que reprende un par de veces cuando decide limar sus garras en una pequeña alfombra de fibra de coco, uno de los pocos complementos de su sobrio salón. Ve caer la tarde rascando las orejas del felino y, antes de dormirse, cena algo de fruta, lee unas cuantas páginas del libro de Lorenzo Silva y envía un mensaje a su colega Luis Mangas:

Mañana entramos de guardia. Dile a tu señora que nos tenga en sus oraciones para que sea una semana tranquila.

Al cabo de unos minutos recibe la respuesta:

Eres gafe, Jimmy. Contigo no hay una guardia sin muertos.